

*ligereza* es la incapacidad de atenerse fuertemente á los objetos que nos son interesantes. La *inconstancia* consiste en mudar á cada instante de intereses ó de objetos. El *atolondramiento* consiste en no tomarse tiempo para mirar con atencion los objetos ó para reflexionar maduramente las consecuencias de nuestras acciones. El *carácter frívolo* consiste en no poner su consideracion sino en objetos incapaces de producirnos una felicidad verdadera.

Tales son los enemigos que la razon tiene que combatir frecuentemente en la sociedad. La imprudencia, las continuas distracciones, la dissipacion, la vanidad, la embriaguez de los placeres, el ahinco y empeño en las cosas fútiles, son los obstáculos que se oponen á la reflexion, y que mantienen á la mayor parte de los hombres en una infancia perpetua.

La *distraccion* es la aplicacion de nuestros pensamientos á otros objetos que los que deberian ocuparnos: es una falta de consideracion para con los que viven con nosotros. Este defecto, que á veces nos parece tan ridículo, es sin embargo muy comun y casi universal. ¡Cuan pocos son los que se ocupan en aquello que mas les interesa. Cada cual lo echa á un lado, y solo piensa en intereses por lo comun fútiles que dominan su imaginacion, y absorben todas sus facultades: cada uno, en sus desvarios y delirios, parece que olvida que vive en compañía de otros hombres á quienes es deudor

de su atencion y sus cuidados. Es muy fácil conocer todos los inconvenientes á que nos espone esta distraccion moral. Un hombre sensato debe siempre estar atento, tanto á sí mismo como á los demas; *yo no habia caído en ello* es una mala excusa para el que vive en sociedad. Mirar atentamente al término de nuestras acciones, y *ver lo que se hace*, he aqui la base de toda la moral. La vida social es un acto religioso, en el que todo hombre debe decirse á sí mismo, *está en lo que haces* (1).

Muchas personas se creen disculpadas de sus faltas á pretexto de *olvido*. Mas la conducta de la vida supone una memoria bastante fiel para no olvidar los deberes esenciales, que incessantemente deben estar presentes en su alma. El olvido es un delito, cuando por él perdemos de vista los deberes importantes de la justicia, de la humanidad y de la piedad. Un Ministro ó un Juez que olvidasen á un inocente en las prisiones con riesgo de su fortuna, de su salud ó de su vida, ¿son acaso menos culpables que lo es un asesino? Sin hacernos tan criminales, el hábito de olvidar nos hace desagradables en la vida social; y ademas produce la inaptitud para nuestros negocios y para los ajenos. La vida del hombre, es pre-

(1) Plutarco nos dice, que en los sacrificios de los antiguos, uno advertia al Sacerdote que recogiese su atencion, diciéndole en voz alta: *Hoc age*: Prestad atencion á lo que haceis.

ciso repetirlo de continuo, requiere atencion, memoria y presencia de espíritu.

La *ignorancia*, que tambien se alega frecuentemente por escusa, que á veces se perdona con demasiada facilidad, y que solamente se castiga con la ridiculez, puede en muchas ocasiones ser un delito grave. ¿Que de reconven- ciones y baldones no debe hacerse un Juez que sin ciencia ni conocimientos decide atrevida- mente de la suerte de sus conciudadanos? ¿Que remordimientos no debe experimentar un mé- dico ignorante que á costa de la vida de los hombres ejerce una profesion en que no se halla suficientemente instruido? No es lícito ignorar los principios de un arte importante al bienestar de nuestros semejantes; la presun- cion ó demasiada confianza es un crimen cuando se trata de la salud de los hombres. Todo el que tiene la osadía de ejercer un oficio ó un empleo público de que se conoce incapaz, ignora ente- ramente los verdaderos principios de la pro- bidad. La ignorancia es el manantial inagotable de los infinitos males que afligen á los pueblos. En todos los estados de la vida, el hombre, por su propio interes y por el de los demas, debe procurar instruirse. Las luces contribuyen á desen- volver la razon, haciéndonos mejores, mas útiles á nuestros asociados, y mas amados de ellos.

La falta de esperiencia y de reflexion constituye la ignorancia, tan perjudicial para nosotros como para nuestros semejantes. El

ignorante es despreciado, porque no es de utilidad alguna en la sociedad; el ignorante es digno de lástima y compasion, porque por lo comun es incapaz de ayudarse á sí mismo. La ciencia que, como se ha dicho antes, es fruto de la esperiencia y del hábito de reflexionar es apreciada porque el que la posee está en estado de dar socorros, con- sejos y placeres, que no pueden esperarse del ignorante. En todos los estados de la vida, desde el Monarca hasta el artesano, el hombre mas experimentado ó el mas instruido es necesari- amente mas querido y mas buscado que no el que carece de luces y de habilidad.

Si la razon, como hemos dicho, no es otra cosa que la esperiencia y la reflexion aplicadas á la conducta de la vida, difícil es formar del ignorante un ente racional, y un hombre só- lidamente virtuoso. Es necesario conocer y meditar sus deberes para saber arreglar la con- ducta de la vida. Es necesario conocer los usos del mundo para vivir en él con gusto, y evitar la ridiculez en que incurre el que ignora estos usos. El ignorante es un ciego, un aturdido que va á tientas en el camino de este mundo, con riesgo de atropellar á los otros, ó de caer á cada paso. En una palabra, sin esperiencia y sin luces es imposible ser bueno.

Se nos dirá, quizá, que se hallan á veces personas rústicas, sin ciencia ni instruccion, las cuales, sin embargo, como por instinto, son

virtuosas y fieles á sus deberes, mientras que hombres dotados de un talento sublime, y de vastos conocimientos, se conducen muy mal, y solo se hacen notables por sus errores ó por sus maldades. A esto responderemos que los hombres mas sencillos pueden fácilmente conocer las ventajas resultantes de la virtud, y los inconvenientes y desórdenes infinitos del vicio; y sin manifestar exteriormente luces muy sobresalientes, pueden hacer interiormente, para regular sus acciones, esperiencias y reflexiones fáciles, que muchas veces ó se escapan á la petulancia del hombre de talento, ó las desdeña su vanidad. De donde resulta que, á pesar de su sencillez, el hombre de bien es á veces mas apreciado que no lo es el hombre de talento; este se hace temible, y el hombre de bien amable. No es, pues, necio ni despreciable el hombre que tiene talento suficiente para grangearse la estimacion y el afecto de sus semejantes. El hombre sencillo, virtuoso y modesto puede contar con una benevolencia mas firme y constante que no el que solo divierte y entretiene á los otros con agudezas momentáneas, viniendo por último á ser enfadoso y molesto por su orgullo ó su malignidad. El hombre verdaderamente ilustrado es aquel que conoce y usa los medios necesarios para ser amado constantemente. Todo hombre que se figura hacerse apreciable por unos medios capaces solamente de disgustar, es un ignorante, un necio, un atolondrado.

La *ridiculez* consiste en la desproporcion de los medios con el fin que uno se propone. Volver las espaldas al objeto que se desea, constituye evidentemente la ignorancia, la ridiculez y la necedad. ¿No es ser uno bien ignorante no saber que aquel á quien se teme, no es amado, que la arrogancia irrita, y que la jactancia y la fatuidad se hacen ridículas? ¿Cuántas gentes hay en el mundo, cuyo continuo objeto es que los admiren y respeten, y que con su conducta insensata no consiguen sino que los desprecien y aborrezcan? He aquí los resultados de su altanería y soberbia, de sus modales impertinentes, de sus infundadas pretensiones, de este fausto, y de esos gastos que no pueden sostener, y de su tono decisivo sobre materias que no entienden.

Al mirar las cosas como son en sí, se hallará constantemente que el orgullo y la vanidad son pruebas indudables de necedad: ellas acreditan una perfecta ignorancia del camino que se ha de seguir para lograr la benevolencia y la estimacion de los hombres. Un talento estúpido y limitado, que se contiene humildemente dentro de su esfera, se hace mucho menos ridículo y despreciable que el hombre afectado que se complace en sus vanidades. En lo moral no hay una enfermedad mas incurable que la de un ignorante presumido, ó que la de un necio que tiene la desgracia de vivir muy pagado y satisfecho de sí mismo. El pri-

mer paso hácia la sociabilidad es conocer lo que nos falta, y corregirnos de nuestros defectos.

Un ente verdaderamente sociable no debe perder jamas de vista á sus asociados. Las distracciones, el atolondramiento, la locura y el fausto se ven siempre castigados con la indignacion, el aborrecimiento, el desprecio ó la mofa. La ridiculez se hace temible, porque supone el desprecio; y el desprecio es lo que mas irrita á todo hombre amante de sí mismo. El hombre juicioso se corrige de todo lo que puede hacerle justamente despreciable, porque de lo contrario forzosamente ratificaria él mismo el juicio de los otros; pero desprecia la mofa é irrision que en un mundo vicioso es fruto muchas veces de la virtud y el mérito.

Seguramente, si la ridiculez consiste en no adoptar las preocupaciones y las modas, que muy comunmente usurpan el lugar de la decencia y la razon, es claro que una conducta sabia y arreglada debe parecer singular y caprichosa en una sociedad vana y corrompida. He aquí porque vemos á veces la virtud, la probidad, el pudor y la equidad misma, espuestas á las sátiras é invectivas del vicio; este presume disculparse burlándose de las virtudes que no tiene, y que á tenerlas se avergonzaria de sí mismo. En el mundo, la virtud se asemeja repetidas veces á la matrona honesta de Horacio, la cual, precisada á bailar entre los

protervos y licenciosos sátiros, lo hace con encogimiento y modestia (1).

Las virtudes mas respetables pueden verse espuestas en ocasiones á las impertinencias de la burla y de la mofa, y á las invectivas de la ridiculez; pero fiado en su dignidad misma el hombre de bien desprecia los tiros de la sátira, tan temibles para los mundanos, y esos ídolos imaginarios á que sacrifican su fortuna, su conciencia, y aun su vida. Un temor pueril de la opinion opone frecuentemente obstáculos insuperables á la virtud: este vano terror hace que, contra su conciencia y contra sus mismas luces y conocimientos, siga el hombre el torrente del mundo, haga *lo que los demas*, y se precipite al mal sin poderse contener. Los hombres mas ilustrados se constituyen á veces esclavos del uso, y viven en una lucha continua con su propia razon. *La deshonra*, dice un moralista célebre, *ofende menos que la ridiculez*.

La burla, armada casi siempre de la envidia y de la malignidad, desconcierta á veces la sabiduría y la probidad; pero su jurisdiccion no alcanza á la virtud, sino al vicio: y al cabo no consigue sino es deshonorarse á sí misma cuando insulta á la virtud. Se necesita valor para tener la noble osadía de ser virtuoso, en las naciones donde el vicio, soberbio y altanero con la multitud y elevacion de sus sectarios,

(1) *Intererit Satyris paulum pudibunda protervis.*  
De Arte Poet. vers. 233.

lleva el atrevimiento al alto grado de pretender burlarse de las cualidades á cuya presencia debería confundirse y temblar.

Todo burlon es un hombre vano y perverso. La burla manifiesta siempre designio de ofender mas ó menos á la persona contra quien se dirige; ella se propone dar en rostro con algun defecto que visto causa risa en los otros. Una célebre señora ha dicho con mucha razon, que *las personas que tienen necesidad de murmurar, y gustan de burlarse, tienen tambien una malignidad secreta en el corazon. De la chanza mas moderada á la ofensa, no hay mas que un corto trecho. Con frecuencia sucede que, abusando de la chanza, se llega á lastimar con ella; mas la persona contra quien se dirige, tiene sola el derecho de juzgar si es ó no chanza: si se la ofende y lastima, ya no será chanza sino ofensa.* (1). *La chanza, decia un antiguo, es como la sal, que se debe usar con precaucion.*

La chanza es casi siempre un arma peligrosa; y sus tiros son algunas veces mas crueles é insoportables que una injuria. Burlarse del que se tiene por amigo, es serle traidor en realidad, es sacrificarle á personas indiferentes, es mostrar que se le estima en menos que un chiste ó agudeza. Burlarse de las personas indiferentes, es arriesgarse locamente á sus quejas y resentimientos, es provocar gratuitamente su

(1) Madame de Lambert.

cólera. Burlarse de sus superiores, seria una temeridad digna de castigo. Las burlas ó chanzas no se pueden usar impunemente sino es con los amigos, y entonces es perfidia; ó con los inferiores y los infelices, y entonces es crueldad é infamia.

Sin embargo, nada es mas comun que esta especie de crueldad. Los hombres se complacen regularmente en burlarse de aquellos mismos que deberian compadecer y consolar, y usan con prodigalidad de la mofa y de la sátira con las personas, cuyos infortunios ó defectos debieran escitar su piedad. ¿Es un hombre contrahecho ó mal formado? ¿tiene un entendimiento corto y limitado? ¿ha cometido algun yerro ó equivocacion? ¿está acaso indigente y condenado á padecer y sufrir? Pues desde el mismo punto es el objeto de las burlas y chanzas continuas; la sociedad hace de él un juguete, y el infeliz padece y sufre las punzadas y heridas de una multitud de hombres sin caridad ni honor, que procuran distinguirse y ser tenidos por decidores y chistosos á costa de semejantes desgraciados, á quienes abruman con el peso de su predominante superioridad. No hay persona que no se crea autorizada para insultar á los miserables.

Semejantes propiedades se hallan sobre todo en los niños, prontos siempre á notar los defectos, las enfermedades, las flaquezas y las deformidades de los que se presentan á su vista;

y se encuentran tambien en aquellos en quienes la educacion y la reflexion no han sofocado esta inclinacion tan inhumana. Las gentes del pueblo usan y profieren igualmente sus dicharachos y las torpezas de su inculto talento contra los que padecen alguna imperfeccion ó desgracia natural; mas los niños y el vulgo, como hemos observado, son crueles regularmente.

Nada es mas frecuente que ver á los hombres reirse y burlarse de los accidentes y desgracias que suceden á los otros. Esta odiosa complacencia proviene de la comparacion ventajosa que uno hace de su misma seguridad y de sus propias perfecciones con la situacion molesta ó con los defectos de los demas. El hombre, cuando su naturaleza no ha sido convenientemente modificada, es un ente tan poco compasivo y piadoso, que es muy propenso á complacerse y alegrarse del mal de sus semejantes, porque no padece dicho mal, y en esta parte se encuentra ventajoso: cuando no reflexiona, no conoce en manera alguna que se halla espuesto á los mismos accidentes que afligen á los otros, y que es muy odioso alegrarse de sus desgracias, de sus defectos ó de sus debilidades. Así el hombre de entendimiento limitado viene á ser por lo comun el juguete del hombre de mayor talento; este, engreido con la idea de las ventajas que posee, no considera que es injusto y cruel con un hombre que debiera escitar su piedad.

Los hombres no deben olvidar el respeto y consideracion que se deben tener. Los hombres de talento particularmente deben observarse á sí mismos mucho mas aun que los otros, y temer el ofender á los demas. La vivacidad de espíritu, el fuego de la imaginacion, y la alegría causan muchas veces un delirio y una petulancia, contra las cuales es necesario armarse. Las personas de talento, en fuerza de la superioridad que tienen sobre las otras, son inclinadas ordinariamente á abusar de él en ofensa de los que tienen menos: he aquí, sin duda, lo que hace que los literatos sean mirados como peligrosos en el trato de los hombres.

La sangrienta ironía y las chanzas ofensivas no pueden complacer sino á los envidiosos y malvados, despreciables siempre á los ojos de todo hombre de verdadero mérito: y son efecto de cobardía, pues que atacan por lo comun á personas incapaces de defenderse. Nada mas bárbaro ni mas débil que la chanza ó la ironía en la boca de un príncipe, las cuales imprimen á veces borrones indelebles, y bastan para hacer á uno infeliz por toda su vida.

Todo hombre tan inconsiderado que ofende con sus dichos agudos y picantes, ó con sus chanzas y chocarrerías, no solo á un amigo, sino tambien á personas indiferentes, no debe ser admitido en el trato de hombres virtuosos, que saben respetarse los unos á los otros. Los burlones, los chanceros de profesion, los de-

cidos de gracias y agudezas, los bufones, son á veces hombres de talento, pero malignos y perversos; mas nunca ó rara vez se hacen apreciables por sus cualidades morales, mucho mas necesarias é importantes en el comercio de la vida, que no esas chanzas y agudezas tan celebradas frecuentemente en el mundo. *Desconfiad*, dice Horacio, *del que murmura de su amigo ausente; del que no lo defiende cuando es acusado; del que hace reir con bufonadas: este seguramente tiene un corazon negro y depravado* (1).

A pesar de esto, la falta de atencion, de gravedad y de reflexion contribuyen tanto como el mal corazon á la burla, la cual no puede ser aprobada ó sufrida, sino cuando, sin herir ni ofender al que es objeto de ella, reanima y hace agradable la conversacion. Una vida verdaderamente social exige que ninguno salga de la compañía de los otros dejándolos descontentos.

Las burlas, las chanzas y la sátira solo son útiles y laudables cuando se emplean en general contra los vicios reinantes en la sociedad, cuya insolencia y locura pueden á veces reprimir y moderar. ¿Que cosa mas ridícula y mas digna de la sátira, que la vanidad de tantos hombres

(1)..... *Absentem qui rodit amicum:  
Qui non defendit, alio culpante: solutos  
Qui captat risus hominum, famamque dicacis;  
..... hic niger est; hunc tu, Romane, caveto.*

HORAT. SAT. 4. Lib. I. vers. 81. y sig.

y mugeres gravemente ocupadas en sus necias bagatelas, en su ostentacion, en sus diges y cintas, en sus adornos, y en sus estravagantes modas? ¿Son por ventura semejantes hombres mas que unos niños ó unos entes frívolos, llenos los cascos de la idea de diges y juguetes que les disgustan á cada instante? ¿Hay en el mundo un ente mas ridículo, que un necio que solo se presenta en la sociedad para ostentar su tontería, su impertinencia, su tren y sus vestidos? ¿Pueden verse sin risa las pretensiones de una *coqueta* envejecida y añeja, la cual hasta el sepulcro afecta los ademanes evaporados, y el adorno y atolondramiento de la juventud? ¿Podrá verse sin compasion la vanidad de una multitud de gentes comunes, que tienen la manía de creer que copian el gusto y la magnificencia de los grandes con sus ridiculeces? ¿Que cosa mas molesta, que un charlatan insípido que se apodera de una conversacion, aturdiendo á todos con su garrulidad importuna? ¿Hay nada mas despreciable que la arrogancia de tantos hombres hechos de figura, que juzgan y hablan de todo sin entender cosa alguna? El hombre sensato ¿puede ver sin disgusto á esos ociosos, insoportables á sí mismos, que van periódicamente de corrillo en corrillo haciendo sentir su inutilidad y su fastidio? ¿Con que aspecto puede mirarse á esos hombres mal humorados, á esos misantropos amasados con hiel y vinagre, que no salen de



sus cavernas sino es para incomodar á los otros con su atrabiliario carácter? ¿ Hay cosa mas contraria al placer y la social armonía , que esos espíritus de contradiccion que llevan por sistema el no avenirse jamas con el dictámen de otro? ¿ Hay un objeto mas merecedor de la sátira , que ese juego continuo y perpetuo , recurso miserable para suplir lo estéril de las conversaciones de tantos que recíprocamente se fastidian , porque nada tienen que decirse?

Empero el sabio , cuyo corazon es sensible , mas bien se hace en la sociedad un Heráclito que un Demócrito. Estas irregularidades y locuras dejan de ser ridículas á sus ojos , y las mira como dignas de llanto , al notar que semejantes puerilidades son, en los hombres frívolos , á quienes enteramente dominan , el origen y manantial de los delitos mas destructores , de las injusticias mas crueles , y de las disputas y controversias mas trágicas. Llanto y no risa causa el ver que vanos y fútiles títulos , prece-  
dencias , puestos , diges , cintajos y juguetes , esciten la ambición , y fomenten las intrigas , los ocultos enredos , las perfidias y los crímenes de tantos hombres niños , que á primera vista solo parecian ridículos. Llanto y no risa causa el ver que un necio orgullo , encubierto bajo el nombre de honor , haga que diariamente corra la sangre de esos niños perversos , que en este caso ya no divierten. Profunda indignacion causa el ver que ese fausto impertinente ,

con el cual tantas gentes se distinguen , sea la causa de la ruina de una multitud de infelices artesanos y artistas que aun están sin pagar de su trabajo y de su industria. Causa dolor reflexionar que ese juego , que recrea y entretiene á los ociosos , absorbe á veces las mas grandes fortunas. En fin , no puede uno reirse sino compadecerse de esos galanteos torpes é indecentes , que turban para siempre la concordia , la confianza y la estimacion , tan necesarias al mantenimiento de la tranquilidad doméstica.

Las debilidades , los defectos y las estravagancias de los hombres los conducen frecuentemente al crimen y al infortunio. No hay vicio que no sea su mismo castigo (1) , y que tarde ó temprano no produzca en la sociedad los daños y desastres que tan sensibles son para un alma virtuosa.

Compadezcámonos , pues , de los mortales por sus extravíos , consecuencias necesarias de su atolondramiento , de su inesperienza , de las falsas ideas que se han formado de la felicidad , y de la errada senda que han emprendido para llegar á ella. Vivir con los hombres , es vivir con unos entes la mayor parte débiles , ciegos é imprudentes ; aborrecerlos , seria añadir la injusticia á la inhumanidad , seria vivir atormentados , sin provecho de los demas. Huir de los hombres seria privarse de las ventajas

(1) *Omnis stultitia laborat fastidio sui.*



de la vida social , la cual , á pesar de sus defectos , nos ofrece muchos bienes y placeres. Ningun hombre es gratuitamente malo : comete el mal porque espera algun bien : es malo porque es ignorante , falto de reflexion , y no prevé los efectos de sus acciones. Detestar y aborrecer á los hombres por sus flaquezas y sus vicios , seria detestarlos y aborrecerlos por lo mismo que son dignos de compasion.

Amemos , pues , á nuestros semejantes , á fin de merecer su amor ; no buyamos de ellos si no podemos socorrerlos ; no los irriteamos con un humor atrabiliario : convidémoslos á la virtud , mostrándoles sus atractivos ; desviémoslos del vicio , descubriéndoles su deformidad : no hagamos con nuestros insultos mayores sus miserias , efectos de las preocupaciones que han bebido desde su infancia en la copa del error : no los privemos de la esperanza , diciéndoles que sus males no tienen remedio , y que estan destinados á padecer para siempre : consolémoslos mas bien con la esperanza de que cesarán sus males y penalidades : mostrémosles en los progresos de la razon y en la verdad el antidoto contra el veneno de que sus almas están infestadas : que esperen tiempos mas favorables , en que las naciones maduras y experimentadas , llegarán á renunciar al fin á sus crueles locuras , y colocarán la virtud en el templo que debe serle consagrado : entonces ella establecerá la armonia social , inspirando un espíritu de amor

y de paz á todos los pueblos del mundo , reuniendo los intereses de las naciones y de sus gefes , confundiendo en una sola la felicidad del ciudadano y de la patria , y haciendo conocer á cada miembro de la sociedad que su bienestar se halla unido íntimamente con el de sus semejantes , y que jamas aquel debe separarse de este.

Si al hombre no le es permitido entregarse á esperanzas tan sublimes y lisonjeras , séale á lo menos el creer que los principios fundados en la naturaleza humana serán adoptados por algunos hombres pensadores y reflexivos , que llegarán claramente á conocer que la virtud es la sola base de la felicidad pública y particular , al paso que el vicio va destruyendo cada dia el bienestar de las naciones , de las familias , y de los individuos. Estas son las verdades que procuraremos ampliar y mostrar mas y mas en la continuacion de esta obra , donde se hallará la aplicacion de nuestros principios á los hombres considerados en sus diferentes estados.

FIN DE LA SECCION III , Y DE LA PRIMERA PARTE.